

Vínculos familiares en la era digital

Gabriella Gambino

Sub-Secretaria Dicastero Laicos, Familia y Vida

X CONGRESO “FAMILIA PARA TODOS”

15 de mayo 2020

Un saludo especial a todos los presentes en este encuentro en teleconferencia.

Les agradezco mucho, en particular a la Profesora Carmen Domínguez y a todas las autoridades académicas, por su amable invitación para representar entre ustedes al *Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida* de la Santa Sede. Por diferentes imprevistas razones hemos tenido que posponer este encuentro varias veces, pero al final nos estamos encontrando en el Día Internacional de la Familia, lo que me parece providencial. Además, la mayoría de nosotros estamos conectados desde nuestras “casas domésticas”, justo para hablar juntos sobre la riqueza y la fuerza de la familia, en un momento histórico, caracterizado por una pandemia que, a nivel individual, social e institucional, nos está obligando a darnos cuenta de cómo la familia sea verdaderamente el pilar de la sociedad, de la economía, de la educación y de la fe para cada uno de nosotros.

Hemos tenido que enfrentarnos a la falta de escuela para nuestros hijos, a la falta de trabajo, de liturgia en nuestras Iglesias, de socialidad, tratando de recrear en nuestros hogares ese ambiente de estudio, de trabajo, de oración, de juego, de liturgia que normalmente vivimos fuera de nuestras casas. Y la fuerza de nuestros lazos familiares se ha demostrado en muchos casos. Porque incluso en las situaciones más difíciles, el regreso a nuestros vínculos nos ha permitido dar sentido a lo que está sucediendo en estos meses en todo el mundo.

El tema que vamos a tratar hoy – vínculos familiares en la era digital – nos afecta a todos directamente. La revolución digital, en la cual todos estamos inmersos, está enmarcada en lo que el Papa Francisco desde 2015 ha definido un *cambio de época*, que impone desafíos complejos y difíciles de comprender, sobre todo en relación a las transformaciones que las nuevas tecnologías de la comunicación están imponiendo en las relaciones familiares.

Respecto a nuestros hijos, ya tenemos que ver no solamente con aquellas generaciones que los expertos definen como las generaciones “nativas digitales”, sino

como las “mobile generation” y las “chat generation”. Como papás sabemos bien que la experiencia educativa que hacemos con chicos pertenecientes, a distancia de pocos años, a generaciones diversas es completamente diferente, también incluso para nosotros adultos. Las cuestiones educativas, en el diálogo con nuestros hijos, son hoy nuevas. Hace pocos años aún no tenían *WhatsApp*; las cuestiones educativas de entonces eran diferentes a las de hoy, ya que nuestros hijos más pequeños han nacido con *WhatsApp*, donde viven sumergidos.

Actualmente, en una población mundial de cerca 7,6 mil millones de personas, 5,1 mil millones poseen dispositivos móviles. La población mundial pasa 6,5 horas al día *online*. En Chile, donde son más de 18 millones de personas, el 93% utiliza un dispositivo móvil, más de 15 millones usan *Internet* y 14 millones usan las *redes sociales*.

La difusión de las *Tablets (iPads y smartphones)*, es decir aquellos dispositivos móviles que están unidos a la red sin cables, representa metafóricamente el corte del cordón umbilical que ha emancipado una generación entera, llamada a vivir prematuramente y en soledad las relaciones mediáticas. Y como sabemos, las *Tablets* contienen todo lo que el sistema mediático produce. En relación a los menores, de los análisis más recientes, resulta que un usuario sobre tres es menor de edad y cada segundo dos niños en el mundo se conectan por primera vez a *Internet*. El acceso digital expone a estos menores a un gran número de oportunidades y beneficios, pero también a peligros y amenazas.

Es también evidente cómo esta revolución esté modificando nuestro modo de conocer y de dar un sentido al mundo y esté generando, en este cambio de época, una desorientación cultural, psicológica y educativa, que requiere una seria reflexión de parte de todos, incluida la Iglesia.

La familia, en la cual las nuevas tecnologías irrumpen modificando hábitos, ritmos, espacios, tiempos y capacidades relacionales, está ante una gran dificultad. Hay que acompañarla para que pueda hacerse comunidad educadora consciente, dotada de capacidades críticas y selectivas al interno de los procesos educativos y de las nuevas relaciones familiares impregnadas de tecnología.

La familia es y permanece *el sujeto* de este cambio de lo viejo a lo nuevo, en el cual las relaciones corpóreas se mezclan con las relaciones digitales. Éstas son útiles en muchos aspectos, sobre todo escolares, laborales y profesionales, pero sin embargo pueden convertirse en objetos de consumo que modifican las relaciones y la identidad familiar. La novedad de estos instrumentos, de hecho, está en que no inciden sólo sobre

los comportamientos, sino también en las relaciones propiamente dichas, intergeneracionales e intrageneracionales.

La familia es una red de relaciones. Es el lugar donde la presencia encarnada y sexuada de la persona, creada a imagen y semejanza de Dios, se manifiesta como relación-comunión con el otro.

De este dato de la realidad derivan dos corolarios: primero, no existe el “vacío relacional”, es decir, no existen condiciones en las cuales una persona pueda sustraerse totalmente a la relación con el otro. El hombre, para sobrevivir, tiene necesidad de otro que lo alimente con su deseo, o sea, con una realidad que lo haga consciente de sí mismo, de sus propias potencialidades y de sus propios límites. Por lo tanto, el uso de dispositivos digitales no aparta al ser humano de las relaciones, más bien “lo lanza” a relaciones diversas, de tipo virtual e inaprensible.

Segundo, si no existe el vacío relacional, aún menos existe el “vacío comunicativo”. Por consiguiente, si nosotros no nos comunicamos con nuestros hijos, el que se comunica con ellos entra en relación con ellos y los educa, sustituyéndonos a nosotros como papás. Esto significa que, si nosotros transcurrimos sólo dos horas al día con nuestros hijos, debemos saber que en las horas restantes del día y, no nos eludamos, también de noche, están en relación mediática con otros sujetos que los educan en nuestra ausencia. Por lo tanto, o somos nosotros o serán otros.

Teniendo en cuenta esto, quisiera hacer tres simples consideraciones de las cuales poder sacar algunas sugerencias que ayuden a su reflexión.

1. Las nuevas tecnologías están modificando nuestra percepción de la realidad: nos introducen en una realidad virtual que no tiene unos límites identificables por el sujeto. Por esto, es definida como una “virtualidad real”, hecha de imágenes que se hacen experiencia “real” y de opiniones que se convierten en “verdad”. En relación a la familia, su legitimación se basa sobre la idea de que las tecnologías colman los vacíos comunicativos de las familias, permitiendo a las personas intercambiarse mensajes de afecto y jugar con las identidades y los roles, según modalidades que no existen en la realidad.

Sin embargo, la conexión no es una auténtica relación. La conexión es un dispositivo que consiente la comunicación. El problema nace cuando la persona, pensemos en nuestros hijos, no toma la distancia del dispositivo y está ensimismado en la conexión, activando formas de dependencia de la posibilidad continua de conectarse y comunicarse. Una especie de “fusión” entre el sujeto y el instrumento con el cual se

comunica. Y es aquí que se inserta la primera dificultad para la familia como “sujeto que humaniza” con respecto a los hijos (Papa Francisco).

2. Las nuevas tecnologías refuerzan “el individualismo conectado”. En particular, en lo que se refiere a las relaciones íntimas, afectivas y sexuales, éstas incentivan nuevas relaciones, fluidas y transitorias, con identidades variables. Los estudios hablan de nuevas “geometrías de la intimidad” y de una nueva intimidad virtual.

La misma estructura de la comunicación uno-a-uno de los *medios de comunicación personales*, como el teléfono, y uno-a-muchos, de los tradicionales *medios de masa* como la televisión, ha sido sustituida hoy por la comunicación muchos-a-muchos de las *redes sociales* y de los *Network* como *Facebook*, que han duplicado las relaciones haciéndolas débiles y transparentes. En particular, los amigos a los cuales nuestros hijos hoy están unidos, ya no son solamente personas físicas, con las cuales viven relaciones reales, en las cuales está presente el otro (padres, hermanos, amigos), sino que son amigos mediáticos, es decir, a los YouTuber, a los *influencer*, que son potencialmente miles. Tenemos que tener en cuenta esto en los procesos educativos.

3. Los papás necesitan ser acompañados para que tengan nuevas habilidades, no sólo en relación a las nuevas tecnologías, sino, sobre todo, en términos de relación con sus propios hijos. Tener “habilidades relacionales” es fundamental, para poder ayudar así a nuestros hijos a vivir esta nueva manera de estar en el mundo. Interesantes estudios muestran, cómo diversión, sexismo, violencia y banalidades son actualmente el “material” del cual está hecho el ambiente doméstico de muchas familias. Es una realidad que los papás no alcanzan a dominar, y por la cual se sienten dominados. Es así que el proceso educativo parece convertirse en el “trabajo de Sísifo”, que aparentemente es inútil y no conduce a nada. El tiempo que nuestros hijos pasan mirando en los celulares, los contenidos que siguen y las relaciones que mantienen, son los aspectos a los que debemos prestar atención. La Iglesia tiene ante esta realidad una tarea pastoral urgente e indispensable.

En un *tweet* del 6 de febrero de 2018, el Papa Francisco escribe: “Todos estamos llamados a esforzarnos para proteger a los menores en el mundo digital”, para garantizarles un crecimiento de manera sana, alegre y lleno de esperanza. En 2017, el *Congreso sobre la dignidad del niño en el mundo digital* señalaba los peligros y los desafíos derivados de la revolución digital para las generaciones más jóvenes,

insistiendo cómo la fuerza del compromiso ético debe oírse y aplicarse por todos nosotros.

La Iglesia en este aspecto, como en todos los problemas relacionados a la protección de los menores, quiere asegurar la propia disponibilidad y esfuerzo. Y desea apoyar a las familias cristianas, para que sepan hacerse protagonistas de una pastoral más eficaz en los procesos educativos.

El Papa Francisco, en *Amoris Laetitia* (259 y ss.) nos recuerda que la familia y, en particular, los papás no pueden renunciar a su papel de guías y de acompañantes de sus propios hijos. También es cierto que, ante los desafíos actuales, la familia debe reinventar métodos y encontrar nuevos recursos, planteándose claramente a sí misma lo que acepta mostrar a sus propios hijos, preguntándose quiénes son los que se ocupan de su diversión y entretenimiento, con qué valores y con qué finalidad entran en nuestras casas y “forman” a nuestros hijos. De esta manera, es esencial no buscar ser cómplices o compañeros de los jóvenes, sino auténticos educadores responsables. Respecto a ellos, tenemos la tarea de generar procesos, es decir, procesos de maduración de la libertad, de formación, de crecimiento interior y de auténtica armonía:

“Entonces la gran cuestión no es dónde está el hijo físicamente, con quién está en este momento, sino dónde está en un sentido existencial, dónde está posicionado desde el punto de vista de sus convicciones, de sus objetivos, de sus deseos, de su proyecto de vida.” (AL 261).

Para entender mejor el proceso de la educación, debemos recordar dos verdades fundamentales: La primera es, que el hombre está llamado vivir en la verdad y en el amor; y la segunda, que cada hombre se realiza a través del don de sí. Estos son los objetivos que debemos tener claros, para poder acompañar a nuestros hijos también en los desafíos de la tecnología. Sin embargo, para que puedan realizarse, debemos conseguir que ellos tengan la experiencia de confiar en nosotros, en la belleza de su vida, en que nunca estarán solos en las relaciones reales, pase lo que pase.

Como papás y educadores, tenemos la tarea de mostrarles que al origen de su vida está el grande amor del Padre por cada uno de ellos, que hay un deseo de Dios. Esta certeza regala a los hijos la fe, es decir, la capacidad de confiar en Dios, y con la fe, también los puntos de referencia para la vida moral. Lo sabemos por experiencia: De la idea de Dios, que un padre y una madre transmiten a sus propios hijos, se genera la idea de libertad que marcará su vida. Esto no tiene nada que ver, como se cree hoy, con aquella condición que se crea, cuando abandonamos a nuestros hijos en el laberinto

de las propuestas ideológicas y culturales, sin indicarles una dirección, sino más bien cuando les ayudamos a saber distinguir, escuchar, y ser conscientes de sí mismos. Solo así podrán responder a la propuesta del Amor que Dios le hace a cada uno de ellos. El desafío, en definitiva, es poner a las nuevas generaciones en la condición de decir sí a Cristo, para permitir a Dios que se manifieste en su vida y los lleve de la mano.

La única manera para lograrlo, en la vida compleja dominada por los *smartphone*, está en mantener con nuestros chicos una relación concreta, real, en la cual puedan percibir la nostalgia de un amor más grande. Solo en la realidad ellos podrán leer los signos de la presencia de Cristo en sus vidas. En lo virtual no encontrarán a nadie. Solamente en su vida real es donde Dios podrá actuar con la semilla de su palabra. Todas las palabras son formativas, dan forma a la realidad de nuestros hijos. Hagamos de tal manera que sea la Palabra de Dios que les dé forma. No confundamos la belleza de la propuesta de amor que Dios les puede hacer con la seducción que la tecnología ejerce en ellos, pues son dos bellezas muy diferentes. Y los chicos son muy atraídos por la tecnología, donde buscan respuestas que hoy no encuentran en la realidad. El resultado es que hoy, en vez de *e-ducere* (educar) a nuestros chicos, permitimos a la tecnología en familia de *se-ducere* (seducir) a los chicos, de mantenerlos centrados en sí mismos. El mensaje de amor que ellos buscan, sin embargo, es el del Padre: “Tú eres mi hijo, y te amo, así como eres”. Porque es solo este mensaje que puede aplacar las ansias, los temores y la búsqueda compulsiva del *like* en el mundo de las *redes sociales*.

En definitiva, ante los desafíos de hoy, tenemos la oportunidad de un nuevo proyecto educativo, construido sobre la alianza responsable de los adultos y de los educadores y sobre la relación concreta y cotidiana con nuestros hijos, para seguirnos haciendo cargo de ellos.

En este punto, y antes de concluir, me gustaría añadir unas breves reflexiones a la luz de cuánto hemos vivido en estas últimas semanas. La pandemia nos ha hecho experimentar, de golpe, las desventajas y las ventajas de la tecnología. La emergencia Coronavirus que nos ha obligado al distanciamiento social y al aislamiento de los individuos y de las familias en casa, desafortunadamente ha visto aumentar los riesgos para los niños, dejándolos por horas frente a la pantalla de los teléfonos celulares, en los chats y en las manos de plataformas de todo tipo. Este es un tema que debe ser afrontado con urgencia a nivel institucional, de manera uniforme, y que requiere prudencia, vigilancia y atención por parte de las familias, ya que con Internet el mundo entra en la casa.

Por otra parte, la experiencia del trabajo desde casa, que da la posibilidad a muchos niños y jóvenes de utilizar los medios informáticos para continuar siendo seguidos por los profesores y proseguir, al menos en parte, las lecciones organizadas por la escuela; también la experiencia del uso de las redes sociales, para estar en contacto con familiares y amigos lejanos, han tenido el efecto de mantenernos, en cierto modo, unidos a nuestras comunidades de referencia. La escuela virtual, el deporte virtual, el trabajo virtual, la música virtual, el juego virtual, y las misas virtuales. Aún así, somos muy conscientes de cuánto nos ha faltado el contacto humano y físico con las personas que son para nosotros un punto de referencia cotidiano, es decir, los compañeros, los amigos, la comunidad cristiana, nuestros pastores. No se puede vivir mucho tiempo sin la comunión verdadera. No pueden privarse de ella ni las personas, ni las familias.

En el fondo hemos experimentado un poco lo que, en parte, viven nuestros jóvenes, cuando tienen como único instrumento de relación la tecnología y en ella se aíslan. Pueden aislarse por un cierto tiempo, pero después tienen necesidad de alguien que los saquen de aquellas relaciones virtuales y les dé la posibilidad de la salvación, a través de la experiencia de la comunión, de la amistad verdadera, del testimonio.

La situación nos ha llevado, casi naturalmente, a compensar con la comunicación mediática, toda aquella dimensión de participación física y de relaciones, a las cuales hemos tenido que renunciar. Hemos buscado en las palabras y en las imágenes las respuestas a las esperanzas profundas de consolación, de búsqueda de luz en tiempos de oscuridad, de consuelo en tiempos de incertidumbre.

A propósito, quisiera recordar con ustedes las palabras del Santo Padre, pronunciadas durante la misa en la Casa Santa Marta el pasado 17 de abril.

El aislamiento al cual estamos obligados en este momento a causa de la pandemia, no debe incluir el riesgo de acostumbrarnos a vivir una fe intimista. Millones de personas se conectan hoy a través de los *mass media* para buscar vivir su pertenencia a la comunidad, están juntos a través de una pantalla, sin estarlo físicamente. Una modalidad necesaria en este momento, la única posible en la emergencia. Ésta, sin embargo, no puede hacernos olvidar que la Iglesia y los sacramentos son concretos. La familiaridad vivida a través de los medios de comunicación es una ayuda y representa hoy – explica el Papa – una manera para “salir del túnel, no para quedarnos allí”. Y nos ha invitado a no considerar normal esta modalidad, que también está llevando consuelo a muchas personas, sosteniéndolas en la soledad y en la prueba. Los cristianos dan forma a un pueblo de carne y hueso que parte el pan, escucha la Palabra, comparte en

la caridad y anuncia de persona en persona, el gozo del Evangelio. Un pueblo que sabe explotar con creatividad todas las oportunidades que ofrecen las nuevas tecnologías, siempre esperando, cuando será posible, poder reencontrarse físicamente en torno a la mesa eucarística.

Porque una familiaridad sin comunidad, sin relaciones, sin los Sacramentos, puede correr el riesgo de convertirse en “gnóstica”. Es decir, de reducirse a “una familiaridad sólo para mí, separada del pueblo de Dios”.

Del mismo modo, terminado este tiempo de pandemia, deberemos ayudar a nuestros hijos a reencontrar la belleza de la comunión con sus amigos, sus compañeros de escuela, los profesores y la comunidad. Por esto, es necesario que estemos cercanos a ellos, y ya desde ahora los alejemos de las pantallas durante algunas horas al día, para ayudarles a comprender el sentido de cuanto estamos viviendo, el significado de sus sentimientos y de sus pensamientos. Este tiempo, en el fondo, nos ha enseñado que no podemos seguir estando distraídos en las cosas menos importantes, que normalmente nos agobian. El Señor nos ha dado un tiempo para detenernos, para reflexionar en el silencio, para volver a encontrar al Espíritu Santo. Debemos tener el pensamiento ocupado con lo que es importante según nuestro ser de cristianos. Los Padres de la Iglesia enseñan, que un gran porcentaje de nuestra vida depende de cómo uno se va a la cama y de cómo uno se levanta. Dedicar a Dios nuestro último pensamiento antes de dormirnos, es muy diferente del ser víctimas de una mente en la cual se sobreponen imágenes rápidas y abundantes que nos atormentarán durante el sueño (me refiero a lo que sucede en la mente de quien va a dormir, teniendo todavía el teléfono celular en la mano y viendo un video hasta el último segundo).

Nuestra capacidad de valoración depende de nuestra memoria y nuestra memoria está condicionada por las imágenes, por la dimensión espacio-temporal en la que estamos insertados. ¿Cómo será el hombre que se ha creado una memoria – y por lo tanto como serán sus criterios de evaluación – basándose sobre la experiencia mediática, virtual, nunca directa? así se pregunta el Padre Marco Rupnik, en su libro sobre *El arte de la vida*. El pasado 27 de marzo, frente a una Plaza de San Pedro vacía, pero ante millones de personas que lo escuchaban a través de la tecnología, el Papa Francisco nos dijo que el tiempo de la pandemia no es el tiempo del juicio de Dios, sino de nuestro juicio, es el tiempo para separar lo que es necesario de lo que no lo es, para replantear el rumbo. Es la ocasión, para que nosotros decidamos de qué parte queremos estar. Jesús fue crucificado y puesto en medio de otras dos cruces, las de los ladrones, uno a su derecha y otro a su izquierda. Él es el discriminado. ¿De qué parte queremos estar? ¿Qué queremos ofrecerles a nuestros hijos? Tenemos necesidad de

una mirada de amor para tener una vida plena. Tenemos necesidad de la mirada de Dios, que reúne a todos en su Hijo. En el fondo la palabra “conectar” tiene un trasfondo trinitario – continúa el Padre Rupnik – llama a la aspiración a la comunión que está en cada uno de nosotros, al deseo de la relación. Ayudémonos y ayudemos a las nuevas generaciones a dar a la comunión el contenido más auténtico.